

“AD DEUM”

ESPACIO Y TIEMPO SAGRADO

CURADOR: FRANCISCO GUILLERMO VÁZQUEZ LIMA

La tradición filosófica occidental, se desarrolló en torno a la reflexión de ideas como las “partes” y el “todo”, produciendo una dialéctica que propone una separación ontológica de categorías duales para tratar de explicar percepciones como: espacio/vacío, tiempo/estaticidad, expansión/contracción, creación/destrucción, materialidad/inmaterialidad. Esto devino en dos posicionamientos principales de pensamiento uno dinámico en donde todo cambia (Heráclito) y otro estático en donde nada cambia (Parménides). Este dilema filosófico durara alrededor de trescientos años y será Anaxágoras uno de los primeros pensadores que tratara de conciliar e integrar estas dos posturas. Fue este filósofo quien trato de encontrar un punto medio entre estos dos extremos de pensamiento. Según Anaxágoras la causa del movimiento es el “noûs”, probablemente una especie de materia más sutil que las demás, pero que no es espiritual (ya que en esta época la noción de espíritu es inexistente para los griegos).

De acuerdo con esta visión del universo es debido a este “Nous” que se inicia un movimiento diferenciador del universo, lo cálido se separa de lo frío, lo luminoso de lo oscuro, lo pesado de lo ligero, etc. Según esta idea el “nous” actúa como una especie de mente ordenadora de las percepciones materiales. Y esta noción del universo también influyo sobre las perspectivas acerca del tiempo, generando concepciones distintas del tiempo que son un componente esencial que distingue a este antiguo pueblo. Los griegos concebían que el ciclo temporal era una especie de “Año Grande” en el que el universo nacía y perecía una y otra vez lo cual implicaba una repetición eterna de todo lo que ya existía, en un ciclo perpetuo que retorna al mismo punto; como Eudemo de Rodas afirma “Todo eventualmente regresara al mismo orden propio, y yo conversare contigo con el báculo en la mano, y tu estará sentado en la misma posición en la que estas sentado ahora, y así será todo lo demás...”.

Dentro de esta concepción cíclica del tiempo, los griegos definían principalmente el tiempo en función de los cambios astronómicos que producían un ciclo que generaba un cambio de posición que al final siempre regresaba a su lugar original en un eterno retorno. Al igual que la mayoría de los pueblos de la antigüedad para el pensamiento griego el tiempo era visto como un flujo lineal, que no tenía relación con algo externo, en donde cada momento del tiempo era concebido como algo que estaba inconexo con otro instante, no como un flujo continuo, los griegos entendieron al tiempo como un punto aislado a lo largo de una línea circular infinita. Esta manera de concebir al tiempo permaneció vigente hasta después del renacimiento como podemos apreciarlo en esta cita de la obra “Principia Mathematica” de Sir Isaac Newton: “El tiempo, absoluto, verdadero y matemático, de sí mismo y de propia naturaleza, fluye igualmente sin relación con algo externo...”.

En la visión hebrea del mundo, el tiempo es pensado como dimensión cíclica que involucra de manera íntima al observador. El espacio, al igual que el tiempo son dimensiones dentro de las cuales podemos desplazarnos y efectuar mediciones. Si bien la percepción del tiempo se deriva de la comprensión de los cambios cíclicos observados de los movimientos astronómicos, esto no solamente permite conocer su medición sino que también lo define, como espacio en movimiento, en la cosmovisión judía la dimensión cíclica del tiempo no solamente es entendida como un simple círculo, en donde todo se repite, sino que el tiempo es vislumbrado como un ciclo en forma espiral cuyas coordenadas son las mismas, pero que ahora también involucran la experiencia humana con su variabilidad y subjetividad que ahora se convierten en componentes esenciales para la valoración del tiempo.

La diferencia fundamental entre la visión circular del tiempo griego como un ciclo eterno que se repite indefinidamente y el ciclo en espiral del pueblo hebreo radica en la importancia que el pensamiento judío le otorga al hombre dentro de la dimensión temporal porque es en donde transcurre el desarrollo del ser humano, y es esto lo que constituye el sentido principal de la existencia del mundo, ya que a cada giro de la espiral del tiempo está siendo creado el entramado del tejido universal, en donde se dirige hacia su perfeccionamiento, es por eso que en la Tora el tiempo mismo constituye el punto central del servicio al creador, en donde cada momento es único y valioso, así como singular y relevante es cada ser humano que actúa dentro de él, esta idea está contenida en el vocablo hebreo que designa al año “shana”, que posee el doble significado de “repetición y de “cambio”. Es por eso que la percepción del tiempo como sagrado es una pauta esencial en la estructura de la concepción hebrea del cosmos, ya que la idea de la creación del universo es indisoluble de la presencia de su Creador porque esta se encuentra implícita dentro de este.

El judaísmo infiere que el tiempo fue creado por Dios, por lo que entonces cada instante posee el potencial para ser transformado en sagrado, ya que la dimensión temporal es el punto de contacto del ser humano con la realidad que define sus actitudes espirituales y sus modos de ser, si es que es empleado para cumplir con la voluntad divina a través de los preceptos de la ley revelada a su pueblo, donde la conmemoración va mucho más allá de una remembranza de acontecimientos, es más bien una vivencia que permite la renovación de la unión con lo trascendente, entrelazando al hombre con el ciclo temporal, lo cual explica la intensidad de la relación del pueblo de Israel con la cronología mediante su calendario. Para la Tora el tiempo no es algo dentro de lo cual vivimos, sino que es el tiempo el que vive dentro de nosotros, y es así es como el pueblo judío se convierte en una nación santificada por el tiempo y su capacidad para honrar cada “moed” (tiempo fijado) como un encuentro entre el creador y su pueblo en cada una de las festividades cuidadosamente preservadas por la tradición espiritual del judaísmo.

La concepción del tiempo como sagrado es igualmente fundamental para el cristianismo en donde la consideración de "tiempo sagrado" se diferencia del judaísmo porque no está asociada a la creación del mundo o al cumplimiento de los preceptos, sino que este se encuentra directamente relacionado con la vida, muerte y resurrección de Jesús, como misterios fundamentales de la fe cristiana, en donde la comunidad de creyentes se congrega para la conmemoración y celebración ritual mediante las cuales los fieles cristianos se involucran estrechamente con los misterios de su fe. El tiempo como algo sagrado no es un concepto exclusivo del judaísmo o el cristianismo, ya que muchas otras tradiciones

espirituales, que de igual manera entienden que el tiempo es más que una simple sucesión de los desplazamientos astronómicos. Por lo que en muchas culturas, el tiempo es vislumbrado como algo que implica un profundo sentido espiritual.

La noción de “tiempo sagrado” contiene una invitación para vivir el presente de una forma más consciente y reconocer que toda ocasión tiene la posibilidad para revelar lo divino en lo cotidiano. Dedicar el tiempo para reunir a la creatura con su creador recordando su indisociable relación, ya sea mediante el Shabat, o el Domingo u otras festividades, no solo para honrar a Dios, sino para profundizar en la idea de que nuestra existencia tiene un sentido espiritual. La comprensión del tiempo como sagrado nos invita a detenernos para reflexionar, y reconocer que no solamente poseemos una dimensión material y temporal, sino que también somos seres con un aspecto intangible y eterno, ya que el tiempo cuenta con la cualidad de poder conectarnos con lo trascendental y divino, porque está intrínsecamente ligado con la memoria de la transitoriedad de nuestra existencia física en este mundo.